

21

Barcelona Societat

Revista de investigació y análisis social



Ajuntament
de Barcelona

Septiembre 2017

Editorial

Albert Sales

La crisis parece haber provocado una convergencia entre las tasas de pobreza de las mujeres y hombres. En Cataluña, la tasa AROPE (*at risk of poverty and exclusion*), que contabiliza la proporción de personas viviendo en hogares afectados por la pobreza económica, la baja intensidad de trabajo asalariado o la privación material, sigue siendo más alta entre mujeres que entre hombres. Las diferencias han disminuido progresivamente de los 4,8 puntos en 2009 a los 0,6 en 2015. ¿Por qué hablar, entonces, de feminización de la pobreza? Y, más allá de la publicación de este número de la Barcelona Societat, ¿por qué impulsar una estrategia contra la feminización de la pobreza en la ciudad?

Las autoras y autores de los artículos recogidos en el número 21 de la Barcelona Societat muestran, a partir de resultados de investigación, reflexiones teóricas y experiencias, la necesidad de aproximarse al empobrecimiento y a las vivencias de exclusión social con perspectiva de género, rompiendo con la opacidad de los indicadores y con una concepción excesivamente economicista de los procesos sociales.

Los indicadores que toman como referencia los ingresos del hogar, como la tasa de riesgo de pobreza o la tasa AROPE, no reflejan la distribución interna de los recursos económicos. Los datos de la Encuesta de condiciones de vida (ECV), sin embargo, revelan que en un 62,7% de los hogares catalanes es el hombre quien aporta los ingresos principales. La posición de desventaja de las mujeres en el mercado laboral y una construcción de las políticas de protección social basada en las cotizaciones a la seguridad social reduce de manera significativa la capacidad de las mujeres de generar renta. En consecuencia, la media de los ingresos individuales (rentas del trabajo y otras actividades económicas y prestaciones sociales) fue en 2015 de 17.125 euros para los hombres y 11.375 euros para las mujeres. El origen de los ingresos familiares determina los riesgos sociales individuales y condiciona, a su vez, la capacidad de apropiación de renta. Según la ECV, un 25,4% de las mujeres asegura no poder gastar una pequeña cantidad de dinero para ella misma durante la semana, proporción que, en el caso de los hombres, se reduce hasta el 20,8%.

La distribución interna de los recursos económicos de los hogares no es el único factor que invisibiliza el impacto de la pobreza en las mujeres. Una conceptualización excesivamente economicista de la pobreza obvia otros aspectos socialmente relevantes. El género condiciona el acceso a recursos culturales, la autoestima, la disponibilidad de tiempo, de espacio, la dedicación a trabajos no remunerados, la seguridad personal, etc.

Para ejemplificar las desigualdades de género que surgen al intentar desarrollar proyectos vitales, podemos centrar la atención en la disponibilidad y el reparto de tiempo. La Encuesta de uso del tiempo (EUT) en 2011 mostraba que los hombres dedican 62 minutos diarios más de media que las mujeres a la actividad laboral remunerada. Al mismo tiempo, los hombres dedicaban 46 minutos más de media que las mujeres a actividades de ocio y al uso de medios de comunicación. Por contra, las tareas de hogar y de cuidados a la familia siguen siendo claramente feminizadas, y las mujeres dedican 112 minutos diarios más de media que los hombres.

El proceso de mercantilización y familiarización de actividades que antes de la crisis habían asumido los poderes públicos tiene un impacto diferenciado en función del género. Reducir servicios que proporcionan apoyo al trabajo de cuidado de personas enfermas, personas dependientes y niños, impacta directamente sobre las personas que asumen estos trabajos dentro del hogar. Como nos muestran los autores y autoras, se deben mejorar las herramientas para el análisis de la feminización de la pobreza porque, a pesar de la evolución de algunos indicadores, la crisis y las políticas de austeridad están íntimamente ligadas a un incremento de las desigualdades de género en la distribución de los riesgos de pobreza y exclusión social.